



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 23 (2017)

DIONISIO HIDALGO (1809-1866) Y LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA MODERNA

José Luis GONZÁLEZ SUBÍAS
(Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX)

Recibido: 11-01-2017 / Revisado: 30-04-2017

Aceptado: 11-01-2017 / Publicado: 11-07-2017

RESUMEN: Dionisio Hidalgo (1809-1866), librero, impresor, editor y, sobre todo, bibliófilo, ha pasado a la historia de la cultura española como uno de los más importantes bibliógrafos de nuestras letras gracias a una magna obra llevada a cabo durante la mayor parte de su vida. Su concepción de la bibliografía, alejada de los tradicionales estudios eruditos de tiempos pasados, cuyo carácter selectivo y exhaustiva y variopinta información los convertía en trabajos restringidos a unas élites intelectuales, dio paso, a mediados del siglo XIX, a un modelo utilitario basado en la información y divulgación de las novedades impresas, dirigido a un nuevo público lector propio de la moderna sociedad burguesa de su tiempo. Con él nació la bibliografía española moderna.

PALABRAS CLAVE: Dionisio Hidalgo, bibliografía española, Boletín bibliográfico, Romanticismo, tipografía.

DIONISIO HIDALGO (1809-1866) AND THE ORIGINS OF MODERN SPANISH BIBLIOGRAPHY

ABSTRACT: Dionisio Hidalgo (1809-1866), bookseller, printer, publisher and, above all, bibliophile, has passed into the history of Spanish culture as one of the most important bibliographers of our letters thanks to the great work carried out during most of his life. His conception of Bibliography, far from the traditional scholarly studies of past times, whose selective and exhaustive nature and varied information made them restricted to intellectual elites, gave way, in the middle of the Nineteenth century, to a utilitarian model based on information and dissemination of printed news, aimed at the new reading public of the modern bourgeois society of this time. With him was born the modern Spanish bibliography.

KEYWORDS: Dionisio Hidalgo, Spanish bibliography, Bibliographic Bulletin, Romanticism, typography.

Los orígenes de la bibliografía moderna hay que buscarlos en el siglo XIX, un momento en que la difusión industrial de la obra impresa y el deseo de divulgar la cultura confluyen en un mismo interés. Las pasadas proezas eruditas de estudiosos y amantes del libro, de quienes en España tenemos el precedente ilustre del sevillano Nicolás Antonio (1617-1684), al que acompañaron otras destacadas figuras como Valerius Andreas (1588-1655) o André Schott (1552-1629), y tantas otras individualidades entre los siglos XVIII y XIX, como Sempere y Guarinos, Pellicer, Bartolomé José Gallardo o Mayans y Siscar (Fernández Sánchez, 1994), comienzan a mediados de la centuria romántica a competir con otro tipo de obras de carácter bibliográfico, que, nacidas especialmente de la mano de libreros, trataban de ofrecer una información cuya finalidad última era la venta de los libros expuestos en sus catálogos. Dionisio Hidalgo, el personaje de quien vamos a tratar en este artículo, sin más ayuda que su pasión y su esfuerzo personal, llevó a cabo en solitario una tarea en la que se aunaban tanto el interés erudito como el comercial.

No es frecuente encontrar estudios sobre personalidades —en el sentido de persona de relieve o destacada— del pasado cuya vida no haya estado ligada a la milicia, la política, la ciencia, las artes o el pensamiento humano en general. De hecho, cabría preguntarse si, hasta el siglo XX, es posible hablar de «personalidades» fuera de estos ámbitos. El personaje que tratamos de recordar en este artículo difícilmente podría adscribirse a alguno de ellos, pero su espectacular trabajo y su legado afectan en buena medida a casi todos. Dionisio Hidalgo invirtió su vida en la paciente, continua e inabarcable tarea de conocer y dar noticia de las novedades impresas aparecidas en España y, cuando le fue posible, en el extranjero. Siempre se sintió y se supo «bibliógrafo»; y llevó a gala este papel, convencido de haber prestado, como realmente hizo, a sus conciudadanos y a su país, un servicio que hasta entonces nadie había realizado, «porque falta comúnmente entusiasmo y laboriosidad». Su modestia no impedía que fuera consciente al final de su vida —como se deduce de las palabras citadas— de la enorme obra que había llegado a realizar, imposible de llevar a cabo sin esa dosis de entusiasmo y laboriosidad apuntada por el estudioso, que, románticamente, se sentía satisfecho de haber cumplido «la misión con que debí venir a este mundo». Estos testimonios se los debemos al propio autor, quien tuvo la generosidad de regalarnos, para «satisfacer la curiosidad de algún amante de la bibliografía», una autobiografía de gran valor en la que, «fiel y severamente», retrató la historia de su existencia cuando le faltaban apenas dos años de vida (Hidalgo, 1862: XI-XVII).¹

Dionisio Hidalgo —en realidad, Dionisio Fernández de Palma Hidalgo— vino al mundo en el municipio burgalés de Medina de Pomar, el 8 de octubre de 1809, en plena Guerra de la Independencia. En estas tierras —Medina, Barruelo, Espinosa de los Monteros— adquirió el futuro bibliógrafo sus primeras letras e inició su «carrera literaria», guiado siempre por un insaciable afán de lectura que, en la nutrida biblioteca de su padre, el otrora afrancesado don Valentín Fernández Hidalgo —adoptó de este su segundo apellido—, descendiente de una antigua y noble familia castellana, encontró muchas veces cumplida satisfacción. Tras estudiar Filosofía en el Seminario Conciliar de Burgos entre 1825 y 1827, se trasladó a Valladolid, en cuya universidad obtuvo el grado de Bachiller en Leyes, en 1832; y más tarde, en Madrid, donde residía con su madre ya viuda, concluyó sus estudios y fue recibido de abogado en la Audiencia de la capital. Corría entonces el año de 1836.

Confiesa el Hidalgo maduro que, por los años que estudió en Valladolid, su afición a la lectura había ido en aumento, y su mayor placer por entonces era invertir su peculio en

¹ Aunque fechada en Chamberí, el 26 de mayo de 1864, su «Biografía» aparece publicada en los preliminares del primer tomo del *Diccionario general de bibliografía española*, impreso en Madrid, en 1862.

libros y recorrer las librerías de la ciudad: «El centro de mis delicias eran las librerías; allí, como en mi propio y natural elemento disfrutaba mi alma de inefables goces y palpitaba mi corazón de pura alegría al ver por todas partes los ídolos de mi cariño: los libros» (Hidalgo, 1862: XIII).

Esta afición podría haberle llevado por el camino de la creación literaria, como a tantos otros escritores y poetas de su tiempo, cuya juventud corrió rumbos paralelos o semejantes. Pero la vocación de Dionisio Hidalgo era distinta; no perseguía las obras de Scott, Chateaubriand, Dumas o Victor Hugo, como hacía casi por entonces el futuro poeta Zorrilla, quien cursó los mismos estudios y en la misma universidad poco después que el bibliógrafo burgalés, sino que le agradaban todos los libros: «y casi con igual interés leía una novela como una obra de historia natural o de medicina; mi gusto era enciclopédico» (Hidalgo, 1862: XIII).

Una vez obtenido el título de abogado, con el que daba por cumplidos los deseos de su difunto padre, Hidalgo tomó una decisión para la que probablemente siempre se había estado preparando en silencio; y renunció a ejercer la abogacía para dedicarse por entero al cultivo de la bibliografía, profesión sin duda más aventurada o descabellada entonces que la pretensión incluso de haber sido poeta. Como advierte en su biografía, no existía «una carrera de bibliografía, ni maestros que la enseñaran, ni apenas libros» donde aprenderla, hallándose en la práctica el único modo de acercarse a estos conocimientos; práctica que tampoco tenía, pues no provenía de una familia de libreros ni estaba en situación de empezar como dependiente en una librería, y tampoco veía el modo de encontrar un destino en una biblioteca pública. Así que tomó una decisión valiente y arriesgada: quería dedicarse a la bibliografía y lo haría, a su modo, siguiendo su propio instinto, «con laboriosidad, tesón y diligencia» (Hidalgo, 1862: XIV). Comenzó su proyecto comprando, asociado con un amigo que cursaba la carrera de ingeniería y también aficionado a los libros, cuantas bibliotecas particulares pudo, anunciándolo en el *Diario de Avisos*. En 1839, tras vender todo su patrimonio, decidido a establecer una librería «española y extranjera» en Madrid, viajó a París y Bruselas para establecer relaciones con los principales editores de estas capitales y allí tuvo noticia de que la antigua librería extranjera de Denné, situada en la madrileña calle de Jardines, estaba en venta. Adquirida esta a principios de 1840, se trasladó con los miles de volúmenes que ya poseía al número 12 de la calle de la Montera, donde estableció su librería con el nombre de «Denné, Hidalgo y compañía»; sin duda como reclamo publicitario, pues en realidad no había nadie tras esa «compañía» sino él mismo.

A partir de este momento, inicia Hidalgo una vertiginosa carrera sin descanso que le llevará a convertirse en el más importante bibliógrafo del Romanticismo español y de todo el siglo XIX, referencia ineludible hoy para cualquier estudioso del período. No conforme con haber creado este establecimiento, «el primero de su género entonces en España» (Hidalgo, 1862: XV), guiado por su amor a los libros y convencido de la necesidad de una publicación periódica que informara de las novedades bibliográficas en nuestro país —también recogió Hidalgo cuantas obras pudo, anteriores a la publicación de su revista— e, incluso, «lo más notable» del extranjero, se lanzó a ese nuevo proyecto; y así, en agosto de 1840, inicia —en calidad de editor propietario y redactor único— la publicación de un importante *Boletín bibliográfico español y extranjero*, primera obra de estas características en España a la que el librero dedicará ya, con algún que otro altibajo, el resto de su vida.² La creación de una obra periódica como esta ha permitido a los

² Desde diciembre de 1784 hasta 1791, la revista *Memorial literario* publicó una *Biblioteca periódica anual para utilidad de los libreros y literatos* que contenía un índice general de los libros y «papeles» impresos en Madrid y provincias

estudiosos del Romanticismo y el siglo XIX obtener información de primera mano sobre las obras impresas en España —principalmente en Madrid— y otros lugares a lo largo de los casi treinta años centrales de la centuria —entre 1840 y 1868—, además de otros textos impresos en el pasado también recogidos en sus páginas; motivo suficiente para otorgar un puesto de honor a Dionisio Hidalgo entre los grandes conservadores y difusores de la cultura en nuestro país. Fue, además, como ya hemos señalado, el introductor de este tipo de publicaciones bibliográficas corrientes en España, continuadas, tras la desaparición del *Boletín*, por otros libreros madrileños; como Manuel Murillo y su *Boletín de la Librería*, publicado mensualmente entre 1873 y 1909, o el *Boletín* de la librería de Bernardo Rico, que, iniciado en 1889, mantuvo su regularidad hasta la segunda década del siglo XX (Fernández Sánchez, 1994: 205-206). Si bien es cierto que tras estas publicaciones existe un interés comercial, no es menos cierto que la información bibliográfica ofrecida en ellas es una fuente de conocimiento de inmenso valor para los estudiosos de ese período.

Aunque la revista pasó por diferentes etapas, en las que modificó incluso su nombre y llegaron a intervenir en ella otras personas, el *Boletín bibliográfico* fue siempre un proyecto personal de Hidalgo. Las dificultades económicas hicieron que, en febrero de 1846, cediera la propiedad de la revista al editor, impresor y librero Ignacio Boix (Fernández Sánchez, 1994: 196; López García, 2007: 202), aunque continuó siendo responsable y redactor exclusivo de esta, que, en 1850, en su tomo undécimo, inicia una nueva serie y cambia su nombre al de *Boletín bibliográfico español*; modificación acorde con la decisión manifestada, en el primer número de esta etapa, de no publicar a partir de ese momento «sino obras españolas, con el objeto de ir formando poco a poco una Bibliografía nacional antigua, media y moderna, que llene el gran vacío que se observa en esta parte de nuestra literatura» (*Boletín bibliográfico español*, 16-1-1850: 1).

La vida del bibliógrafo romántico por excelencia —por su actitud y el tiempo en que llevó a cabo su obra— resulta intensa y apasionante en la década de los cuarenta, la de su irrupción, triunfo y asentamiento en el mundo de la cultura madrileña; pero también en su ámbito personal, pues contraerá matrimonio el 11 de diciembre de 1840 con Manuela García, natural de Poza (Burgos), y establecerá una sólida relación de la que nacieron cinco hijos. Los años iniciales de esta familia, por la que en todo momento se muestra agradecido Hidalgo en sus escritos, coinciden con una frenética actividad, ya que el éxito de su librería —denominada «Librería Europea»— y su revista le brindaron la oportunidad de relacionarse y entablar amistad con destacadas personalidades de la intelectualidad y el mundo artístico de su tiempo y le empujaron a iniciar un nuevo proyecto: hacerse impresor y editor de libros. Tras adquirir una imprenta en 1843, se establecería inicialmente en la plazuela de San Martín, para trasladarse al año siguiente al número 24 de la calle de la Flor Baja. En 1845, llegó incluso a abrir un gabinete de lectura —antecedentes privados de las actuales bibliotecas públicas—, al que denominó «Salón literario», en el que llegó a ofrecer un total de 20.000 volúmenes que podían llevarse para su «lectura en casa», bajo suscripción de 10 reales al mes (*Diario de Madrid*, 19-X-1845), para lo cual imprimió un catálogo de *Obras de recreo* y otro de *Obras científicas* (Fernández Sánchez, 1994: 186).

Pero tanto esta última aventura como los restantes proyectos que había iniciado a lo largo de un lustro dieron al traste, sin duda como consecuencia de los numerosos gastos a

a lo largo del año anterior, con una descripción bibliográfica básica de las obras —autor, título, año, lugar de edición, imprenta, formato— cuyos datos no difieren sustancialmente de los empleados hoy en cualquier bibliografía, a los que se añadía la librería donde podían adquirirse, además de otras noticias de interés insertas al final de cada volumen (Fernández Sánchez, 1994: 137-139). Esta información es muy semejante a la ofrecida por Hidalgo en su *Boletín*, que difería de aquella publicación en la inmediatez de su carácter quincenal, aunque anualmente se publicaran de nuevo todos los números encuadernados juntos en un solo tomo.

los que debió hacer frente el emprendedor burgalés y, quizá, del exceso de ambición —o de pasión no medida— en un negocio para el que no estaba preparado. No solo hubo de vender la imprenta, sino también la librería que tan bien había marchado en los primeros tiempos de su andadura, con la que desapareció asimismo el Salón Literario nada más nacer. Este bache en la vida de Hidalgo coincide con la cesión en 1846 de la propiedad de su gran empresa intelectual, el *Boletín bibliográfico*, al editor Ignacio Boix, como ya hemos mencionado, aunque continuó siendo su director y único redactor.

El «desaliento» y el «hastío», palabras ausentes hasta ese momento en el vocabulario del entusiasta bibliógrafo, hicieron mella en él, tal y como confiesa en su autobiografía; pero no la suficiente como para que, al poco tiempo, su profunda vocación y espíritu emprendedor —expresión de moda en nuestros días, pero que en el caso de Hidalgo adquiere plena validez y está totalmente justificada— aparezcan con fuerzas renovadas. Y así, en 1847, todavía al frente del *Boletín*, se embarcó en una nueva empresa, al encargarse de todo lo concerniente a los libros en una compañía tipográfico-literaria constituida a finales de 1846 con el nombre de La Publicidad. Detrás de esta sociedad anónima se hallaban «capitalistas de los más opulentos, y hombres científicos y literarios de los de más justo crédito» (*El Tiempo*, 5-11-1847: 4), entre los que ocupaba un lugar destacado el conocido impresor Manuel Rivadeneyra,³ quien viajó a diferentes ciudades europeas para establecer relaciones comerciales y comprar maquinaria adecuada —prensas, planchas, tipos— para una empresa de tal envergadura. Además de la imprenta, que se estableció en el establecimiento tipográfico de Rivadeneyra, situado en el número 6 de la calle Jesús del Valle, esta poderosa sociedad abrió también una librería en la calle de Correos, nº 2, contaba con su propia fábrica de fundición y pensaba tenerla pronto de papel.

No duró mucho, en cualquier caso, este proyecto de tanta envergadura y expectativas, surgido junto a otros semejantes por los mismos años. En 1851, según cuenta Hidalgo, la sociedad anónima La Publicidad se disolvió;⁴ con lo que se cierra otro período en la etapa del bibliógrafo que no parece fuera especialmente satisfactorio según sus recuerdos, pues, aparte del aumento de sus conocimientos bibliográficos, en su memoria quedaron grabados los «muchos sinsabores, disgustos y pérdidas» que sufrió (Hidalgo, 1862: xvi); probablemente a causa de desavenencias con los socios dirigentes de la empresa que el protagonista de esta historia no llega a concretar y nosotros no hemos sido capaces de descubrir.

Llegados a este punto, Dionisio Hidalgo vuelve a dar otro impulso sorprendente a su vida y, abandonando también el *Boletín bibliográfico* al que había dedicado once años, y que en su último tomo había iniciado una nueva serie con pretensiones de continuidad, en noviembre de 1852 se lanza a la arriesgada aventura de marcharse con su familia a París para abrir allí «un establecimiento de librería española, que sirviese de centro al comercio entre España y América, y al mismo tiempo, como casa de comisión, para importar en nuestro país los muchos objetos que de allí diariamente se necesitan, y que se relacionan con la imprenta y librería» (Hidalgo, 1862: xvii). Instalado en la capital francesa, antes de finalizar el año abrió sus puertas la Librería Universal Española, situada en el número 3 de la calle Pavée Saint-André; y no satisfecho con tan ambiciosa iniciativa, puso en marcha

³ Con un capital social inicial de cuarenta millones de reales, entre los miembros de la primera Junta de Gobierno de esta empresa figuran nombres tan distinguidos como los de Juan Donoso Cortés, Bravo Murillo, Hartzzenbusch, Fermín Caballero, Aribau o el propio Rivadeneyra; y la dirección de la misma fue asumida por tres de sus fundadores: Joaquín Francisco Pacheco, Antonio Jordá y José Morales Santisteban. Los estatutos de la compañía y todo lo concerniente a la fundación de esta sociedad se recoge en el *Boletín Bibliográfico Español y Extranjero* (Hidalgo, 1840-1850, vii [22-24, noviembre-diciembre 1846]: 352, 363-368, 380-381).

⁴ Esta disolución no fue tan rápida como lo recuerda Hidalgo, pues en octubre de 1853 aún se hallaba la sociedad en proceso de liquidación (*Diario oficial de avisos de Madrid*, 16-x-1853: 3).

la publicación de una nueva revista que trataba de seguir los pasos del *Boletín bibliográfico* abandonado en Madrid, con el nombre de *El Comercio. Periódico mensual de la Librería Universal Española*, cuyo primer número vio la luz en enero de 1853 (Hidalgo, 1862: xvii).⁵

Pero Hidalgo tenía más de romántico emprendedor que de calculador y racional hombre de negocios, por lo que no tardó en sufrir un nuevo descalabro económico —y probablemente anímico— en un fallido proyecto, del que pasa muy por encima en sus recuerdos, en el que estuvieron implicados unos anónimos socios del librero: «dos sujetos importantes que procedían del ejército carlista», que habían sido recomendados a este por «mi amigo D. José Zorrilla» (Hidalgo, 1862: xvii). También alude el poeta vallisoletano en sus *Recuerdos del tiempo viejo* a un turbio asunto durante su estancia en París entonces, en el que se hallan implicados «dos carlistas emigrados», conocidos por mediación de un amigo en común de Madrid, que trabajaban en el establecimiento tipográfico de Pillet, donde estaba imprimiéndose su poema *Granada*. El mayor de estos se encargó de la corrección de las pruebas de la obra y el resto de trabajos de impresión, con celeridad y exactitud, mientras que el segundo estafó al poeta 2.000 francos a cambio de un pagaré que dejó sin abonar tras huir a Cuba (Zorrilla, 1882: II, 85-87).

No sabemos si los carlistas asociados con Hidalgo tienen algo que ver con los implicados en el asunto de Zorrilla —salvo la coincidencia en el número y su relación con el carlismo—; lo cierto es que la relación entre ambos se distanció al sentirse este último traicionado por la venta que hizo el librero a algunos editores de Sudamérica, contraviniendo sus órdenes expresas, de un indeterminado número de ejemplares de su recién publicado poema oriental *Granada*, de los que no se recogieron más beneficios que la prima inicial enviada por aquellos (Zorrilla 1882: II, 83).

Sea cual sea la verdad de lo ocurrido entre Dionisio Hidalgo y Zorrilla, en París acabó la amistosa relación entre ambos; y el primero, meses después de haberse establecido en la capital francesa, hubo de regresar a España dejando atrás todos sus nuevos proyectos —tanto la librería como la revista, cuyo último número se publica en septiembre de 1853—, tras haber sido traicionado por unos socios que incumplieron sus acuerdos y lo dejaron solo en una empresa que no tardó en consumir sus limitados recursos económicos.

El desengaño hacia la condición humana se acentuó en el librero con aquel nuevo descalabro, que lo determinó a apartarse para siempre de los negocios. Tras instalarse durante unos meses en el pueblo burgalés de Villafranca Montes de Oca, donde su mujer había heredado algunas fincas, en noviembre de 1854 Dionisio Hidalgo se trasladó de nuevo con toda su familia a Madrid, para poder estar al lado de su madre. Allí ocuparía poco después, por mediación de unos familiares, una plaza en la secretaría del Ministerio de Fomento; y se instalaría en una agradable casa en el número 10 del Paseo del Obelisco, en Chamberí —desde donde escribe sus recuerdos—, donde pasaría tranquilamente el resto de su no muy dilatada vida —murió demasiado joven, con cincuenta y cinco años recién cumplidos—. Pero su intención de dejar atrás las inquietudes emprendedoras no duró mucho. Es precisamente en estos años cuando el bibliógrafo retomará, en el tiempo libre que le dejaban sus ocupaciones como empleado público, su gran obra bibliográfica, iniciada en 1840 e interrumpida en 1851. Asociado con el librero y editor Carlos Bailly-Bailliére, decidió poner de nuevo en marcha su viejo proyecto del *Boletín bibliográfico*, con una publicación quincenal denominada ahora *El bibliógrafo español y extranjero*, cuyo primer número vio la luz en enero de 1857, en la que incluyó también, para dar

⁵ No he podido localizar ni obtener ninguna otra noticia de este periódico. La única referencia que se conoce de su existencia parte de la información aportada por Dionisio Hidalgo en su «Biografía», la cual es recogida asimismo por Palau y Dulcet (1926, IV: 35) y Fernández Sánchez (1994: 197).

continuidad a su obra, todas aquellas publicaciones realizadas en los seis años de ausencia de la revista. Tres tomos llegaron a publicarse hasta 1859, momento en que el socio de Hidalgo abandona la empresa, que, sin ningún librero o editor dispuesto a invertir en ella, es asumida totalmente por el bibliógrafo desde 1860, volviendo a recuperar la revista el nombre de *Boletín bibliográfico español*.

Nueve fueron los volúmenes que llegó a alcanzar el *Boletín* de Hidalgo en su última etapa, que se extiende entre 1860 y 1868, a razón de uno al año, estando estos formados, como había venido haciendo desde la inauguración de la revista en 1840, por todos los números quincenales publicados anualmente. El contenido de esta obra magna de la bibliografía española, que ha sido analizado y detallado por Ana Belén López García (2007), es sin duda una referencia fundamental no solo para los investigadores especialistas en el mundo del libro y la edición, sino para cualquier estudioso de la literatura y otras ramas del saber que desee profundizar en el estado de su respectivo campo de conocimiento a mediados del siglo XIX.

Pero no solo dedicó el incansable bibliógrafo sus diez últimos años de vida a la publicación del *Boletín bibliográfico español*. Sin dejar de trabajar en la pasión que siempre lo había acompañado, corrigió y aumentó la segunda edición, publicada en 1861, de *Tipografía española o Historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España*, obra de referencia entre los estudiosos del tema, original de Francisco Méndez. Y, tras haber puesto en orden los inmensos materiales que había reunido durante más de veinte años viendo libros y tomando notas de ellos, dio inicio en 1862 a la publicación del segundo y último gran proyecto bibliográfico de su vida, complemento y apoyo del *Boletín*: el *Diccionario general de bibliografía española*; magna obra de la que solo pudo ver publicado el primer tomo (1862) de los siete volúmenes que llegaría a tener hasta 1881, habiéndose hecho cargo del proyecto su hijo Manuel Fernández Hidalgo tras la muerte del progenitor en septiembre de 1866.⁶ Poco antes había traducido del francés y ampliado la obra de Leopold Auguste Constantin, publicada en Madrid en 1865 con el título de *Biblioteconomía, o Nuevo manual completo para el arreglo, la conservación y la administración de las bibliotecas*; un verdadero manual para el uso de los profesionales de la biblioteconomía; y en 1866, el mismo año de su fallecimiento, figuraba entre los «literatos» colaboradores de la revista mensual madrileña *La Tipografía*, dedicada al mundo de la imprenta y todo lo relacionado con el proceso de fabricación de textos impresos.

Pocos meses antes de su fallecimiento, aludiendo a la publicación de su *Diccionario de bibliografía*, el periódico *La Época* (12-VII-1866: 1) elogiaba al eminente bibliógrafo calificándolo de «verdadero sabio» y «digno heredero de Nicolás Antonio»; y como «conocido y reputado bibliógrafo» era citado entonces por *La Tipografía* (1, 8, 1866: 93), revista donde colaboraba y fue anunciado su deceso semanas más tarde. La muerte lo alcanzó en plena actividad, mientras trabajaba en una segunda edición, corregida y aumentada, del *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* de Sempere y Guarinos (*Boletín bibliográfico español*, 1-1-1868: 8), que no llegó nunca a ver la luz. Aparte de la escueta noticia aparecida en *La Tipografía* (1, 9, 1866: 103) y el anuncio realizado por su hijo —como no podía ser de otro modo— en el *Boletín bibliográfico español* (1-X-1866: 222),⁷ la muerte de quien ha sido considerado en nuestros días «nuestro primer bibliógrafo

⁶ Manuel Fernández Hidalgo se hizo cargo del *Diccionario* a partir del tomo 2º, del mismo modo que asumiría la publicación del *Boletín bibliográfico español* desde su séptimo tomo.

⁷ Es probable que Hidalgo se encontrara ya enfermo en septiembre, pues su nombre aparece por última vez como editor-redactor de la revista en el número correspondiente al 1 de septiembre, mientras que, en la siguiente entrega, publicada el día 15, figura como redactor del *Boletín* su hijo y como editor Antonio Piera. En la entrega de 1 de octubre, Manuel Fernández Hidalgo da cuenta del fallecimiento de su padre, que había dejado ya el número

profesional» (Fernández Sánchez, 1994: 200), y fue sin duda el impulsor y adelantado de la bibliografía española moderna, no se recogió en ningún otro periódico.

CONCLUSIONES

Dionisio Hidalgo aportó a la bibliografía española una visión moderna, entendida como un instrumento de trabajo útil para el estudioso de cualquier materia. Frente a la tradición bibliográfica heredada de Nicolás Antonio, normalmente de carácter selectivo, donde lo normal era ofrecer, aparte de una descripción exhaustiva de las características formales del libro catalogado, una amplia información sobre su contenido no exenta de valoraciones y juicios críticos sobre el mismo, así como datos biográficos sobre el autor, Hidalgo —desde la mentalidad propia del impresor, editor y librero— optó por la vía de la divulgación de textos, aportando únicamente en sus obras bibliográficas los datos formales que los identificaban: «El bibliógrafo da a conocer los escritos que han visto la luz pública, buenos o malos; el crítico los analiza y juzga» (Hidalgo, 1862: 88). Esta nueva mentalidad, que despojaba a la bibliografía del aparato erudito que la había acompañado durante siglos y desechaba de las obras información ahora asumida por otras disciplinas, como la historiografía literaria, tardó en ser aceptada por el mundo más académico y culturalista, que entendía tal sobriedad informativa como una merma desde el punto de vista intelectual; lo que explica que, a pesar de su experiencia y los méritos de toda una vida dedicada a la bibliografía, no pudo obtener el reconocimiento a su labor por una institución como la Biblioteca Nacional cuando optó al premio convocado por esta en 1859, al rechazar el jurado la obra presentada a concurso por Hidalgo (Fernández Sánchez, 1994: 200): un *Diccionario bibliográfico español del siglo XIX* del que se da noticia en la prensa, anunciando su probable publicación (*La Discusión*, 10-1-1860: 4), y que parece ser el primer esbozo de lo que con el tiempo se convertirá en su póstumo y definitivo *Diccionario general de bibliografía española*, del que solo llegó a ver publicado un tomo.⁸

Aun así, aunque no fue en su tiempo todo lo reconocida que realmente merecía, la labor de Dionisio Hidalgo sentó unos precedentes y unas bases que contribuyeron de un modo decisivo a la profesionalización de la bibliografía como disciplina de conocimiento en España. En 1856 se crea la Escuela Superior de Diplomática de Madrid, destinada a la formación de archiveros, anticuarios y bibliotecarios, y, ocho años después, una cátedra específica de Bibliografía. Ello significaba la aceptación oficial y académica de una materia que incluía, entre otros, conocimientos ligados a la historia de la imprenta y a la bibliografía teórica y práctica (Fernández Sánchez, 1994: 277); aquellos que Dionisio Hidalgo llevaba cultivando desde hacía más de veinte años y de los que entonces probablemente fuera el mayor experto en nuestro país, cuando se hallaba al frente del prestigioso *Boletín bibliográfico español* y acababa de publicar la segunda edición —corregida y aumentada por él mismo— de *Tipografía española o Historia de la introducción, propagación y progresos*

«completamente concluido y arreglado y en estado de darse a la imprenta sin ninguna dificultad para su publicación».

⁸ Resulta confusa la información sobre este *Diccionario bibliográfico* que Fernández Sánchez afirma fue presentado al concurso de la Biblioteca Nacional en 1859 por Hidalgo. Si en la prensa parece confirmarse esta noticia, al publicarse a comienzos de 1860 la existencia de un *Diccionario bibliográfico español del siglo XIX* escrito por este, listo para ser publicado, en otro momento afirma Fernández Sánchez (1994: 211) la existencia de un *Diccionario bibliográfico del siglo XIX* que fue presentado por el bibliotecario y estudioso Manuel Ovilo y Otero al premio correspondiente al año 1860; obra que le fue devuelta al escritor y se conserva hoy inédita en la Biblioteca Nacional, de la que el autor hizo un extracto que publicó en París con el título de *Manual de biografía y de bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*. ¿Es posible que Hidalgo y Ovilo y Otero hubieran escrito y presentado, casi al mismo tiempo, dos obras con títulos tan semejantes? ¿O acaso el periódico *La Discusión* atribuyó erróneamente la obra a Hidalgo?

del arte de la imprenta en España de Francisco Méndez, así como el primer tomo del *Diccionario general de bibliografía española*.

La obra de Dionisio Hidalgo impresiona hoy por su volumen y amplitud. Fruto de un tiempo en que un solo individuo era capaz de abordar empresas imposibles, con sus propios recursos e impulsado únicamente por la romántica visión de un sueño, sus ambiciosos proyectos —el *Boletín bibliográfico* y el *Diccionario*— no tienen parangón en la historia de la bibliografía española. Solo el mucho más conocido y utilizado *Manual del librero hispano-americano* (1923-1927) de Antonio Palau y Dulcet (1867-1954), completado por su hijo Palau Claveras,⁹ puede equipararse a la magnitud de una obra de aquella envergadura; aunque su planteamiento general —se trata de una obra mucho más generalista— dista bastante del de Hidalgo, y la obra de este último es una fuente directa mucho más fiable en lo que se refiere a bibliografía decimonónica, insustituible hoy —aunque también menos utilizada— para cualquier estudioso de la literatura de aquel tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- CONSTANTIN, Leopoldo Auguste (1865), *Biblioteconomía, o Nuevo manual completo para el arreglo, la conservación y la administración de las bibliotecas, traducido del francés al castellano y adicionado por Dionisio Hidalgo*, Madrid, Imp. de las Escuelas Pías.
- FERNÁNDEZ, Pura (2016), «Semblanza de Dionisio Hidalgo (1809-1866)», en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes-Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) EDI-RED*, <https://goo.gl/wRJ8U1>.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José (1994), *Historia de la bibliografía en España*, Madrid, Compañía Literaria.
- HIDALGO, Dionisio (1840-1850), *Boletín bibliográfico español y extranjero*, Madrid, Librería Europea-Imp. de Reneses, 11 vols.
- (1857-1859), *El Bibliógrafo español y extranjero. Periódico quincenal de la imprenta y librería*, Madrid, Carlos Bailly-Bailliére, 3 vols.
- (1862), «Mi biografía», en *Diccionario general de bibliografía española*, Madrid, Imprenta de las Escuelas Pías, t. 1, pp. XI-XVII.
- (1862-1881), *Diccionario general de bibliografía española*. Madrid, Imp. de las Escuelas Pías, 7 vols. [Reeditado en Hildesheim-New York, Georg Olms Verlag, 1973.]
- y FERNÁNDEZ HIDALGO, Manuel (1860-1868), *Boletín bibliográfico español*, Madrid, Imp. de las Escuelas Pías-Imp. de Julián Peña, 9 vols.
- LÓPEZ GARCÍA, Ana Belén (2007), «Revistas especializadas en Biblioteconomía y Documentación en el siglo XIX: *El Boletín Bibliográfico Español y Extranjero (1842-1868)*», *Documentación de las Ciencias de la Información*, nº 30, pp. 201-251.
- MÉNDEZ, Francisco (1861), *Tipografía española o Historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España*, Madrid, Imp. de las Escuelas Pías, 2ª ed. corr. y adicionada por Dionisio Hidalgo.
- PALAU CLAVERAS, Agustín (1981-1987), Índice alfabético de títulos-materias, correcciones, conexiones y adiciones del Manual del librero hispanoamericano de Antonio Palau y Dulcet, Ampurias, Palacete Palau y Dulcet, 7 vols.

⁹ Agustín Palau Claveras (1906-1997), como ocurriera en el caso de Dionisio Hidalgo con su hijo Manuel, fue el encargado de continuar y finalizar la segunda edición, corregida y aumentada de la obra (1948-1977); exactamente desde la mitad del tomo VIII de esta nueva entrega, que, frente a los siete volúmenes de la primera edición, alcanzaría la cifra de veintiocho tomos, a los que habría que sumar aún siete volúmenes con los índices de títulos y materias de estos (1981-1987), más un tardío volumen complementario (1990) al tomo primero publicado por su padre.

-
- (1990), *Addenda & corrigenda o volumen complementario del tomo primero del Manual del librero hispanoamericano de Antonio Palau y Dulcet*, Ampurias, Palacete Palau y Dulcet.
- PALAU Y DULCET, Antonio (1923-1927), *Manual del librero hispano-americano. Inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días*, Barcelona, Librería Anticuaria, 7 vols.
- (1948-1977), *Manual de librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros días*, Barcelona, Librería Palau, 2ª ed., 28 vols.
- ZORRILLA, José de (1880-1882), *Recuerdos del tiempo viejo*, Barcelona, Imp. de los Sucesores de Ramírez y Comp., t. 1; Madrid, Tipografía Gutenberg, t. 2; Madrid, Eduardo Mengíbar, t. 3.